

A PROPÓSITO DE LA POLÍTICA REGIONAL: LA IDEA DE EUROPA, REVISITADA

LUIS CARAMÉS VIÉITEZ
Universidad de Santiago de Compostela

Recibido: 20 de octubre de 2008

Aceptado: 31 de octubre de 2008

Allá por el año 1942, De Gaulle invitaba a los europeos a vincularse de manera estable y duradera (Fondation Charles de Gaulle, 2008, pp. 1-5). Acabada la Segunda Guerra Mundial, el general comprendió muy pronto que había que dar por terminada la era de los antagonismos, pero sin asumir el lema de “los Estados Unidos de Europa”, tan querido por Víctor Hugo. Concibiendo los primeros pasos de una nueva Europa en los campos económico y técnico, cemento imprescindible de una solidaridad de hecho, no estaba en su horizonte “atentar” contra las soberanías nacionales, pero sí buscaba con afán la reconciliación franco-alemana, en buena medida liderada por Francia.

Con el paso del tiempo, De Gaulle habría de comprender que una Europa refundada no tendría sentido sin alguna dimensión política, en la que jugaría un papel relevante la defensa común, distinta de la contemplada desde la OTAN. La piedra en el zapato la encontraría en el Reino Unido, actor interpuesto de la hegemonía de los Estados Unidos. Y a pesar del tiempo transcurrido, una “Europa europea” sigue siendo, en bastantes aspectos, una quimera.

Pues bien, aquella idea de Europa ligada a una confederación, semilla que germina en el general francés desde el vivero intelectual de Richard Coudenhove-Kalergi (Burgess, 2000), pasada luego por el tamiz democristiano de, entre otros, Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi y Robert Schuman, no ha avanzado hacia el europeísmo federalista que muchos anhelábamos. Salvando las distancias, en lo esencial, y todavía más tras las últimas ampliaciones, la Europa de las patrias parece gozar de buena salud.

Es en esta dinámica que la Unión Europea está siguiendo, en clara disonancia con las grandilocuentes declaraciones que suelen hacer sus líderes de cuando en vez, en la que enmarcaremos algunas reflexiones sobre la política regional comunitaria. Sus inicios, como es sabido, no contaron con el entusiasta apoyo de los Estados miembros, temerosos de que una política tan transversal u horizontal acabase por propiciar una intromisión excesiva del derecho comunitario en las legislaciones nacionales. Habría de ser en la época de Jacques Delors como presidente de la Comisión cuando la política regional tomase forma y ganase consistencia, además de recibir un impulso notable la integración con el Acta Única y con el “Paquete Delors-I”.

El político francés había entendido bien que era preciso compensar los efectos potencialmente negativos de las cuatro libertades: libre circulación de bienes, de personas, de capitales y de servicios. Por lo que respecta a la Península Ibérica, los fondos estructurales fueron, precisamente, una precondition para la ampliación a España y Portugal.

Con el tiempo, la política regional comunitaria fue alcanzando peso y coherencia, dotándose de instrumentos y de reglas de funcionamiento de mayor “*performance*”. Pero como nuestro objetivo no es hacer un repaso temporal detallado de su evolución, debemos situarnos en la Agenda 2000, siempre con el telón de fondo de las sucesivas ampliaciones, que exigían una toma en consideración de problemas nuevos o del agravamiento de los preexistentes. Así pues, se prestó particular atención a la cohesión económica y social, a la solidaridad financiera y a la mayor implicación en la asunción de responsabilidades por parte de todos los agentes en juego. Sin embargo, y siendo ya muy notables las dificultades derivadas de la ampliación al Este, a todo ello han venido a agregarse los nuevos riesgos e incertidumbres de la globalización, y todo en su conjunto condicionado por una fuerte restricción presupuestaria, por lo que habrá que estar a la espera de los “*equilibrios*” políticos, tan propios de la Unión (Cuadrado, Mancha y Garrido, 2002, pp. 23-52).

La Unión ha diseñado un nuevo dispositivo para el período 2007-2013, con el que parece querer producir un cambio profundo en la filosofía de la política regional, en coherencia con la Estrategia de Lisboa, perdiendo fuerza la visión unidimensional de la convergencia. Por lo tanto, no pueden olvidarse, en este nuevo contexto, los territorios prósperos, pilares esenciales de una política eficiente de competitividad. Matizando las conclusiones de la cumbre de Santa María da Feira, las regiones están llamadas a reforzar la atracción territorial y a estimular la innovación y el espíritu de empresa, así como la economía del conocimiento. Tal mutación en la voluntad comunitaria podría acabar contribuyendo a la formación de nuevos desequilibrios espaciales (Kahn, 2007, pp. 32-36).

Lejos, pues, la ideología económica del primer FEDER y sus sucesivas reformas, algunos se preguntan si este dilema entre cohesión y competitividad se inclinará del lado de esta última y si esa orientación será del agrado de los ciudadanos europeos. De hecho, en el cuadro de perspectivas financieras 2007-2013, la política de cohesión representa el 35,7% del total del presupuesto europeo, y de ese porcentaje el 62% deberá financiar proyectos vinculados a la Estrategia de Lisboa, es decir, a la promoción del crecimiento y el empleo, en línea con la filosofía del informe Sapir. Por ello, varios grupos políticos y representantes de la sociedad civil han manifestado sus temores ante la posible ruptura del equilibrio entre los tres pilares de la citada Estrategia: crecimiento y mejora de la competitividad, cohesión social y protección del medio ambiente.

Es un hecho que después de la ampliación del año 2004 se evidenció un debilitamiento de la identidad europea. Luego vinieron los rechazos del texto mal llamado “*constitucional*”, que subrayaron la ambigüedad hacia la que se fue deslizando el proyecto de la UE (García-Valdecasas, 2005). Por otra parte, el débil crecien-

to, agravado por los últimos acontecimientos de la crisis financiera y unido a una rigurosa restricción presupuestaria, empuja a la Unión hacia una renacionalización de la política regional.

La política regional comunitaria se encuentra bajo fuerte presión tras las sucesivas ampliaciones, como bien lo anticipó el entonces presidente de la Comisión, Romano Prodi, al subrayar lo prioritario de las políticas de crecimiento. Y en esa dirección intervienen los contribuyentes netos al presupuesto comunitario, especialmente Reino Unido y Holanda, que desean renacionalizar la política regional para concentrar fondos en los países de la ampliación.

Se está, por tanto, ante la nueva arquitectura de una de las políticas más próximas a los ciudadanos, arquitectura sentida como menos solidaria y que encuentra una oposición fuerte en el Parlamento europeo. Si la Comisión atribuye fondos a los Estados miembros, quienes son los encargados de repartirlos en su territorio según un marco estratégico nacional, por más que estos sigan los objetivos fijados por la Unión hacia la política de cohesión, la visibilidad de tal política se ensombrece.

A la espera del libro verde que la Comisión ha prometido publicar en el mes de octubre del año 2008, se presume que la orientación será la de dar prioridad a las inversiones en ámbitos competitivos, relegando relativamente el objetivo de la cohesión territorial. Si eso fuese así, si la “renacionalización” gana terreno, por más que tal dinámica obedezca a criterios de crecimiento y eficiencia, la idea de una Europa con vocación política supranacional y de fidelización ciudadana habrá perdido consistencia.

Como ha dicho un político francés (Védrine, 2008), es conveniente no confundir agregados estadísticos con “potencia”, en un sentido político. ¿Dónde está, o a dónde se relega, el “espíritu europeo” que evocaba Robert Schuman en el año 1949? La propia crisis financiera actual desnuda dramáticamente el hecho de que la Unión carece de una organización institucional formal capaz de actuar con una sola voz. Lo cierto es que, aún asumiendo una idea de Europa explícitamente tecnocrática, las respuestas a los graves problemas económicos del momento han sido nacionales. ¿Está, pues, preparado este entramado de instituciones para extenderse a más países e incluso a Turquía? Las últimas ampliaciones parecen no muy pensadas y, en todo caso, deberían realizarse desde una retaguardia bien consolidada.

La política regional de la Unión Europea, acuciada por la entrada de nuevos países pobres y por las sacudidas que la mundialización provoca, es una manifestación de esas tensiones. Y parece caminar en sentido contrario al que sería, a nuestro juicio, deseable: el abandono progresivo de las soberanías nacionales. Es posible que nos encontremos en un tiempo en el que los gobernantes se han erigido en meros administradores, por convicción, quizá, o por falta de visión política de largo alcance. Europa tiene en la trastienda histórica del pensamiento nombres como los de Tomás Moro, Erasmo o Kant, por citar algunos. Pero regresando a la actualidad, personajes como Vaclav Havel, Gyorgy Honrad o Adam Michnik, todos ellos intelectuales de la “otra Europa”, se opusieron siempre a una reducción de la idea eu-

ropea a un mercado común. Por eso, el paso tan relevante de crear una moneda como el euro queda cojo por la falta de simetría política. Los responsables de la Unión deben serlo también de dar pasos audaces en ese sentido, antes de que sea demasiado tarde (Hankis, Hassner *et al.*, 2003, pp. 43-59).

BIBLIOGRAFÍA

- BURGESS, M. (2000): *Federalism and European Union: The Building of Europe 1950-2000*. London/New York: Routledge.
- CUADRADO, J.R.; MANCHA, T.; GARRIDO, R. (2002): “Regional Dynamics in the European Union: Winners and Losers”, en Cuadrado y Parellada [ed.]: *Regional Convergence in the European Union*, pp. 23-52. Berlin: Springer-Verlag.
- FONDATION CHARLES DE GAULLE (2008): “De Gaulle et l’Europe”, *La France dans le monde*, pp. 1-5. Paris.
- GARCÍA-VALDECASAS, I. (2005): “El rechazo del proyecto de Constitución europea”, en: *ARI*. Madrid: Fundación Real Instituto Elcano.
- HANKIS, E.; HASSNER, P. *et al.* (2003): “L’Europe: une idée politique?”, *Raisons Politiques*, núm. 10, pp. 43-59.
- KAHN, R. (2007): “Les nouvelles orientations de la politique régionale européenne”, *Bulletin de l’Observatoire des Politiques Économiques en Europe*, núm. 16, pp. 32-36.
- VÉDRINE, H. (2008): *L’Europe puissance, projet, mythe et réalité*. (Clio-Conferences). Blois.